

El héroe que no se rinde

El capitán del Ejército Nacional Éber Rodríguez dentro de la piscina de clavados del Complejo Acuático Simón Bolívar de Bogotá, en una imagen exclusiva para GENTE.



Éber Rodríguez

El derroche de optimismo que irradia este capitán del Ejército Nacional, víctima de una potente bomba puesta por las Farc, refleja la vitalidad de los colombianos para sobreponerse a los problemas y luchar para tener un futuro mejor. “Hay que seguir, hay que pelear sin tregua hasta alcanzar la victoria definitiva”, dice

*Por Elizabeth Reyes Le Paliscol
Fotos: Ricardo Pinzón*

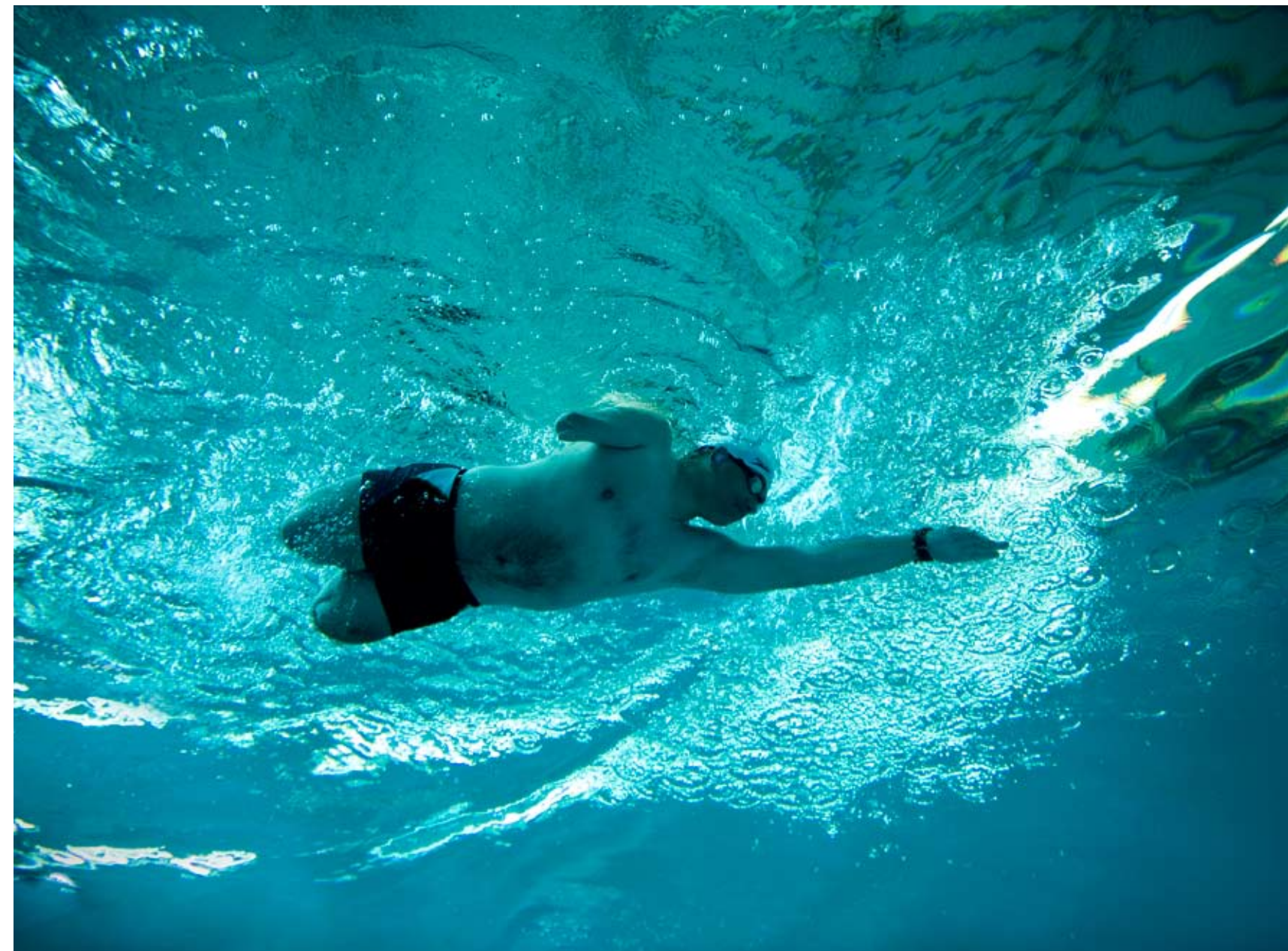
“No sufro por lo que me quitó la guerra, pero sí me alegro por todo lo que le pueda dar a mi país”



Asistente de Fotografía: Fabián Medina. Producción: Estefanía Millán. Asistente de Producción: Paola Vera. Locación: Complejo Acuático Simón Bolívar. Equipo de buceo: Tienda Deep Diver Bogotá. www.deepdiversbogota.com

Retroceder nunca, rendirse jamás

“Todos tenemos problemas. Pero uno no puede dejarse vencer por éstos por más graves que sean. Si uno es optimista, seguro que podrá superarlos”, dice con una naturalidad abrumadora.



Cuesta creerlo. A sus 35 años de edad, el capitán del Ejército Nacional Élber Rodríguez Moreno reconoce que si no hubiera sido por la mina antipersonal sembrada por las Farc que acabó con su cuerpo, nunca se hubiese lanzado a una piscina para competir por una medalla. ¡Y ganar! ¡Y alcanzar la felicidad al convertirse en un orgulloso campeón nacional!

Son las 8 de la mañana de un miércoles de enero de este 2011 y el capitán Rodríguez está listo para zambullirse en el agua y nadar con la única ayuda de su brazo izquierdo. Se desplaza en una silla de ruedas eléctrica y lo acompaña el soldado Muñoz, que desde hace año y medio es su lazarillo. O dicho en otras palabras: es quien reemplaza las dos piernas, un brazo y un ojo que perdió en un paraje de la costa caribe colombiana.

El capitán lleva puesta una sudadera y tenis nuevos. Cualquiera podría pensar que esa silla de ruedas es tan solo un accesorio que pronto dejará

de usar porque, en efecto, su cuerpo está intacto. Se acerca a la orilla de una piscina de clavados, en Bogotá, donde un grupo de alegres niños sube por unas escaleras desafiando el frío, para luego saltar al vacío desde 10 metros de altura. Él los mira y recuerda el día en que tuvo que lanzarse desde un puente, a 32 metros de altura sobre el río Sumapaz, para graduarse como lancero. Pero esa hazaña le parece lejana porque su vida es otra desde el 3 de marzo de 2003, cuando supo lo que es morir y ese cuerpo –trabajado con esmero y también con vanidad– quedó reducido a muñones.



El verdadero tesoro

El cuarto del capitán Éber Rodríguez con sus pertenencias más valiosas. Para él, muchas personas se preocupan por llenarse de cosas materiales cuando realmente para vivir pleno se requiere de apenas lo necesario.

Han pasado siete años y diez meses desde que este militar se convirtió en el colombiano –vivo– con más mutilaciones producidas por la explosión de una mina antipersonal. La onda que recibió hubiera matado a cualquiera. Pero a él no. ¿Suerte? Doña Soledad Moreno, su madre, diría que sí. Lo supo días después del accidente, en un hospital en Cartagena, cuando otra mamá lloraba la muerte de su hijo también por el conflicto armado y se acercó a decirle: “a usted por lo menos le dejaron un pedacito de muchacho, a mí no me dejaron nada”.

Rodríguez –que hasta ese 3 de marzo medía 1,80 metros– se aleja con Muñoz y al rato regresa vestido con una pantaloneta, gafas y gorro de nadador. Ya no es él, o sí lo es, pero ahora el tamaño de su tragedia está al descubierto. Uno, dos, tres muñones. Entonces, acerca la silla de ruedas al borde de la piscina, se deja caer al agua, se hunde apenas un poco porque la mina también afectó sus oídos y empieza a nadar. “Cuando estoy en el agua me siento como cualquiera”, dice luego de atravesar la piscina con una versatilidad admirable. Su luna de miel con la natación comenzó en 2009, en Medellín, con un profesor que enseñaba a los niños a perder el miedo al agua. Duró tres meses aprendiendo y no fue fácil porque cada

“Era como un escena del infierno de Dante: un matadero”. No habla de su tragedia sino de una bomba que mató a 26 soldados en el Meta

vez que entraba a la piscina se llenaba de pánico. “Pensaba que me iba a hundir, pero poco a poco aprendí a utilizar mis muñones que son los que me ayudan a impulsarme y me permiten flotar”. Entonces sintió que su fortaleza mental no tenía límites: “Hay gente que se ahoga en un vaso de agua. Yo les digo: no hay obstáculo que el ser humano no pueda vencer”.

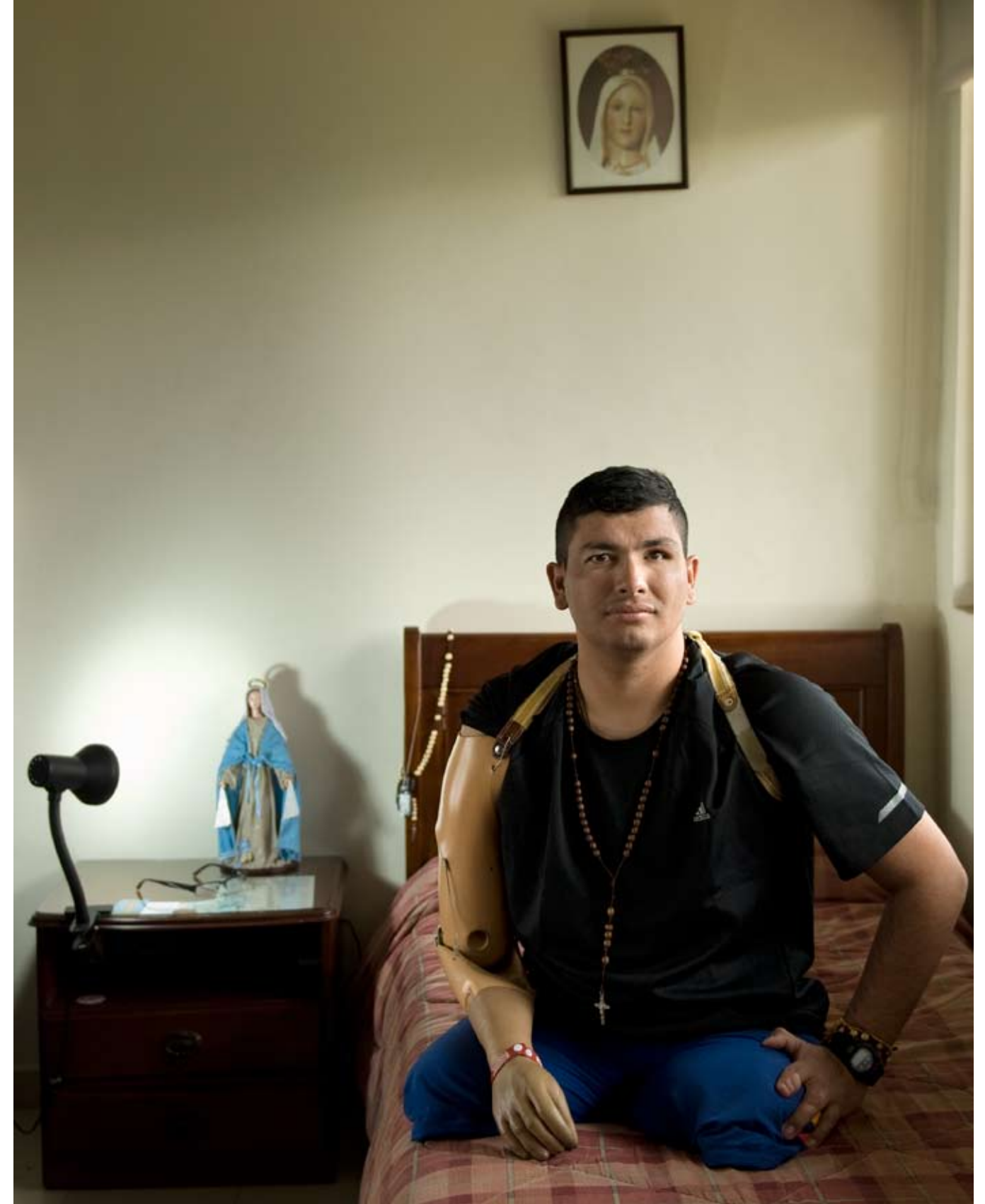
Nadar se convirtió en un nuevo respiro justo cuando había parado sus clases de Derecho en la Universidad Militar y se había separado de su esposa. Luego viajó a Bogotá para entrenar con la Liga de Discapitados de las Fuerzas Militares y en poco tiempo obtuvo el título de capitán del equipo.

Todo en su vida ha pasado rápido. Lo bueno y lo malo. Tenía solo 27 años cuando esa mina acabó con su gran pasión: estar frente a una tropa, en medio del monte, combatiendo a la guerrilla, protegiendo a los colombianos. Luego, tras solo 23 días de perder más de la mitad de su cuerpo regresó a su casa, mutilado, pero vivo. Tenía tres meses de utilizar sus prótesis cuando caminó con la ayuda de un bastón. Y estaba perfeccionando su estilo, cuando ganó dos medallas de oro en el Campeonato Nacional de Interligas de Natación para Discapitados. Una en 50 metros y otra en 100 metros, estilo libre. En las graderías, sus sobrinos alzaban con emoción una pancarta y gritaban.

Ese día, un domingo de mayo de 2010, llevaba en la muñeca izquierda el mismo reloj Casio que tenía durante la explosión y que no ha parado de funcionar. Dice que tal vez ese viejo reloj, que le sigue contando las horas, sea un buen presagio. Y sonríe. Casi siempre sonríe. “Todos tenemos problemas. Pero uno no puede rendirse por más graves que sean. Si uno es optimista, seguro que podrá superarlos”, insiste.

La guerra no es un juego de niños

Cuando eran niños, él y su hermano Ariel (33 años) tenían poco que elegir a la hora de ver televisión: *Los Magníficos* y *La Misión del Deber* eran el pan de cada día. Desde entonces, el capitán quería ser héroe, pero un héroe como Hannibal Smith, el cerebro de *Los Magníficos*, el amo del plan maestro, el que decidía cómo y cuándo atacar. Por eso y porque su papá fue policía, la familia Rodríguez Moreno vio con naturalidad que quisiera ir a la guerra. Entró a la Escuela Militar de Cadetes el 20 de enero de 1995, un viernes hace ya 16 años y pronto



su cuerpo mostró las virtudes para la milicia. “Era un tipo grandísimo, una pierna suya era como dos mías”, recuerda Ariel, que a diferencia de su hermano, eligió la psicología. Cuando lo asignaron al Putumayo llegó la angustia. “La guerrilla tenía dominado el país y un oficial joven era carne de cañón”, dice su hermano. “Al que le gusta le sabe y a mí me fascinaba eso”, explicaba el hoy capitán. Y por esas ganas inagotables de “hacer patria”, entró a la Fuerza de Despliegue Rápido (Fudra), donde están “los Rambo del Ejército” –dice Ariel–, aunque poco hablaba de sus hazañas y de sus tristezas. “No

entraba en detalles porque ya nos había tocado la guerra de cerca y eso nos marcó”, cuenta Ariel. Por ejemplo, en el colegio, que era de la Policía, con frecuencia sacaban del salón de clase a un alumno para anunciarle que habían matado a su papá. Y así crecieron, sintiendo el dolor con cuentagotas. Más tarde, cuando los juegos de él se convirtieron en una forma de vida, asesinaron a sus dos mejores amigos que eran policías. Por eso tampoco les contó lo que sintió al explotar una casabomba en El Castillo, (Meta), el 29 de enero de 2002, a solo cien metros de él, y que asesinó a 26 soldados y de-

La mejor compañía

El capitán del Ejército Nacional dice que desde que se encomienda a la Virgen se siente más fuerte.



“Paso a paso”
Cada mañana, antes de iniciar su ardua faena en la que incluye estudios, deporte y sus actividades relacionadas con su rango, el soldado Muñoz lo ayuda a ponerse sus prótesis. El capitán dice con serenidad: “Voy paso a paso”.

jó una huella de horror en su memoria. “Era como una escena del infierno de Dante: un matadero”. Porque si hay quienes conocen el drama del país en toda su extensión son los soldados que han visto el dolor desde La Guajira hasta el Amazonas y desde el Chocó hasta el Guaviare.

Pero lo asumen con una valentía silenciosa. Por eso, en aquella ocasión, antes de salir corriendo, de sentirse en el lugar equivocado, se quedó. “Más ganas le dan a uno de seguir combatiendo. No como dicen en las películas: ‘¡Me vengaré!’”. No. Uno se queda es para que la muerte de ellos no sea en vano”. Combatió en Arauca, en Santander, en Antioquia, en Meta y en Caquetá (antigua zona de distensión). Hoy reconoce que lo hizo porque creía que las balas de los violentos no le entraban y por esa vocación de querer salvar a un país de manos de los violentos.

Morir para contarlo

Hace mucho que la muerte desvela a la familia del capitán. “En varias ocasiones tuvimos que tragárnosla. Uno sabe que en cualquier momento será la llamada tenebrosa y ese temor no se quita”, dice Ariel. Pero que esa comunicación sea para decirles que en vez de muerto –su hermano, su hijo, su esposo–, está mutilado, los arrasó por completo. Ese

3 de marzo, un lunes al medio día en los Montes de María, participaba en una operación contra el Bloque Caribe de las Farc, que comandaba ‘Martín Caballero’, el jefe guerrillero que convirtió a esa región en una de las más minadas de Colombia. “No sabíamos que los explosivos los revolvían con materia fecal para confundir a los perros. Con tanta materia orgánica los detectores también fallan y eso sucedió ese día, pasaron los perros, los detectores de metales y nada”. Rodríguez –que era teniente– tenía a su cargo 20 soldados.

Hacia poco las Farc habían masacrado a 36 personas en el club El Nogal de Bogotá y dejado heridas a 200 más, con un carrobomba. Así que los ánimos estaban revueltos. Rodríguez se armó de valor –y también de adrenalina– porque le estaban pisando los talones al jefe guerrillero. Al llegar a un claro sacó un GPS para ubicar las coordenadas. Cuando lo prendió ocurrió la explosión. Vino el silencio y, finalmente, un desorden de gritos. “¿Usted ha escuchado acerca del viaje por el túnel donde a uno le pasan la película de la vida y al final hay una puerta y la abren? Pues a mí me pasó. Me preguntaron si quería irme o quedarme y yo les dije: me quedo”. Tirado, envuelto en sangre y aturdido por la angustia que entorpecía a sus hombres, supo que había perdido un ojo. Por el otro veía borroso.

Cuando despertó, dos horas después, en el Hospital Naval en Cartagena, recuerda que no sintió dolor. Jamás lo ha sentido. “Al menos, el físico”, dice

Lejos estaba de adivinar su tragedia. Cuando despertó, dos horas después, en el Hospital Naval en Cartagena, no sintió dolor. Jamás lo ha sentido. “Al menos, el físico”, dice.

Cuando llamaron a Ariel para contarle que hirieron a su hermano pensó que le habían pegado un tiro, pero luego un primo le resumió la cruda realidad: “Perdió las piernas, se las amputaron por encima de las rodillas. También perdió el ojo izquierdo, el brazo derecho y los oídos”. A pesar de la situación, el capitán cuenta su experiencia pero su rostro es inexpresivo. No hay en él ningún asomo de tristeza o de emoción. Narra su historia como si fuera la de otro. “Uno no se puede quedar en el lamento, quejarse no sirve de mucho, hay que sacar fuerzas y echar pa’ lante”. Y, por eso, no acepta que nadie lo mire con pesar. “Yo no soy el único ni el que más ha sufrido por la guerra. Todos los colombianos hemos perdido algo, pero lo bueno es que la victoria final está cerca, el futuro será mejor”, dice con seguridad.

La reconstrucción

Desde hace un año, Rodríguez vive en la habitación número 20 del Cantón Norte, una zona militar en Bogotá. La comparte con otro soldado. Su nombre y el de su compañero se leen al lado derecho de la puerta. Tiene una cama sencilla y un pato de peluche, una mesita con la Virgen de los Milagros, una veladora, una nevera donde tiene pegada una foto de Ariel y su familia, una caneca para la ropa en forma de perro, un televisor, un escritorio atiborrado de libros de Derecho y un computador. También está la silla de ruedas y un bastón. En el armario guarda sus uniformes, una caja de cartón llena de condecoraciones –tiene 10 y se prepara para recibir otra más en febrero próximo– y una maleta. Muñoz la baja y saca un libro de 105 páginas argolladas que se titula ‘El ave fénix’, que él escribió. Pasa las hojas mientras cuenta que duró 23 días en el hospital ante el asombro de los médicos que habían pronosticado mínimo seis meses. Perdió 40 kilos. Tuvo que cambiar el fusil por los libros de Derecho –va en quinto semestre– y el equipo de combate por una silla de ruedas.





“Vamos muchachos”

“Hay que creer. Siempre hay que creer”, dice optimista el capitán. Él es uno de los que más estimula a los soldados para que no cesen en buscar la victoria. En la imagen con la Unidad Operacional del Gaula Cundinamarca, en la Escuela de Caballería de Bogotá.

Era tal la tranquilidad que mostraba que su familia alcanzó a dudar de si era consciente de su desdicha. Pronto entendió que parte de su cuerpo no volvería a existir y aprendió de nuevo a cepillarse los dientes, a escribir, a llevarse la cuchara a la boca y a convivir con un cuerpo que no era el suyo, o que sí lo era. “Lo hice en medio de altibajos porque no todos los días son un carnaval. Muchas noches me desperté asustado, sintiendo que iba en caída libre, pero hay cosas que te sacan y te llevan arriba y yo intento estar arriba”. Todo está en su libro que publicará este año.

“Recuperar la paz en Colombia no es gratis”, dice para explicar el sacrificio que él y los soldados han hecho

El 20 de julio de 2003 fue un día memorable. Habían pasado solo cuatro meses desde el accidente cuando encabezó, como abanderado, el tradicional desfile militar en Bogotá para celebrar el día de Independencia. Lo hizo en su silla de ruedas, cargando la bandera de Colombia con su único brazo. Hubo aplausos y lágrimas. “Yo, emocionado, pensaba que era necesario mostrar que recuperar la paz en Colombia no es gratis”. Desde entonces, dejó de ser una cifra más en la lista de mutilados por mina antipersonal en Colombia. Lo invitaron al primer congreso de víctimas de terroristas en Madrid, en 2004, donde pasó lo impensable. Conoció a los jugadores del Real Madrid. “Estaban Los Galácticos completos: Beckham, Zidane, Ronaldo, Figo”. La foto que se tomó con ellos fue primera plana en los diarios. Pero algo faltaba a pesar de los viajes, de las fotos con famosos y de las medallas. Sus médicos insistían en que por la gravedad de las mutilaciones, las prótesis solo podrían cumplir un papel estético. Eso quiere decir que simulan las partes que no están, pero no cumplen sus funciones. Y él quería caminar. Se enteró que en Italia, en uno de los institutos de rehabilitación más prestigiosos del mundo, Inain, el piloto de Fórmula 1 Alex Zanardi, se había recuperado de un brutal accidente donde perdió parte de sus piernas. Ir se le convirtió en una obsesión y lo logró con la ayuda de la embajada de Colombia en Italia.

“Miraba entre animado y ansioso aquellos aparatos que harían parte de mi cuerpo. El objetivo era caminar con caminador, pero fui



Volver a nacer
Son excepcionales los casos en el mundo en el que un hombre como él esquivó a la muerte, se recuperó y volvió a portar su su uniforme.

más allá". A los tres meses salió del instituto caminando con un bastón. Una proeza. En Italia duró un año, conoció al Papa Benedicto XVI, aprendió italiano y a pintar paisajes con su nueva mano. Hasta dictó conferencias en universidades y expuso en museos. Un año después, en 2006, pudo, por fin, lucir las tres estrellas de capitán del Ejército y empezó la carrera de abogado, con intermitencias. "Élber estaba de nuevo completo, armado", dice su hermano.

Ha celebrado triunfo tras triunfo. "Pero uno con el tiempo se da cuenta que la prueba no se ha superado. Siempre pasan cosas. Primero tuvo que adaptarse a su nueva vida, luego a las prótesis y a ser un hombre separado", dice Ariel. El capitán habla muy poco de esos malos momentos. Solo dice que ahora que es mariano, las cosas han resultado mejor. "Hay que creer. Siempre hay que creer", dice optimista. Es posible que el dolor se lo trague pero seguro que lo hace porque así lo

ha decidido. Al verlo, es difícil no pensar que tras esa sonrisa se esconde un calvario. Luchar puede ser su verdadera vocación, algo que él llama "fe en la causa". Tal vez por esa vocación, durante el 2010 que pasó, la Fuerza Pública perdió, entre muertos y heridos, a 2.500 hombres, superando la cifra del 2009, año en el que se registraron 2.320 bajas, según datos del Observatorio del Conflicto Armado de la Corporación Nuevo Arco Iris.

Y aunque en el imaginario colectivo de los colombianos las Farc están derrotadas tras los contundentes golpes que le propinó el Estado en los últimos años, en algunas regiones la situación es diferente. "En la zona del Pacífico, así como en el sur, y parcialmente en los Llanos Orientales, la capacidad militar de las Farc sigue siendo importante, igualmente, en varios departamentos como Cauca, Nariño, Caquetá y Norte de Santander va en aumento", dice el investigador Ariel Ávila.

En este 2011 saldrá a la luz su libro 'El ave fénix' en el que relata toda su estremecedora experiencia

El tema de los explosivos es aterrador. Los campos minados son ahora más sofisticados y tienen mayor eficacia. La crueldad supera la ficción. En 2010, por ejemplo, en el sur del Tolima, las Farc dejaron de sembrar minas para colocarlas en las ramas de los árboles a una altura de dos o tres metros. Ahora quieren desfigurar el rostro de sus víctimas y dejarlas ciegas. El capitán sabe que cualquiera de sus compañeros que a esta hora se encuentran en una agreste montaña, en la profundidad de la selva o en la inmensidad de un río, puede estar en la mira del enemigo. Él, sin embargo, insiste: "Hay que seguir, hay que seguir peleando hasta alcanzar la victoria definitiva".

Epílogo

Al capitán le gustan las frases célebres, las aprende con facilidad y las aplica a su propia experiencia, como esta de Séneca: "el hombre verdaderamente sabio es aquel que no sufre por lo mucho que le falta, sino aquel que se alegra con lo poco que le queda". Lo dice con orgullo. Y agrega: "No sufro por lo que me quitó la guerra, pero sí me alegro por todo lo que le pueda dar a mi país". Entonces se levanta y se marcha. Dice que seguirá preparándose porque ni siquiera la bomba más poderosa lo privará de su sueño de servirle al país. ■



De pie se siente invencible, un ganador puro, un hombre que las Farc no pudieron vencer. "Aquí estoy nuevamente de pie, orgulloso de seguir adelante"